

LOS TRABAJADORES Y LA PLANIFICACIÓN

Pablo Levín

Un rápido balance del movimiento obrero en nuestro país muestra destellos luminosos, contra un fondo oscuro. ¿Habrá salida?

Los “derechos sociales”, que los trabajadores de antes conquistaron después de librar amargas y prolongadas luchas, se han desvanecido. En este territorio geográfico desdeñado desde hace décadas por la inversión productiva; entre las ruinas de las industrias formadas en etapas anteriores, los trabajadores sobreviven sumidos en la apatía y la dispersión, sin ver en perspectiva. Reaccionan con exabruptos inorgánicos, aislados, circunstanciales, orientados por propósitos confusos, sin un norte definido.

Las banderas de la protesta social son enarboladas por sectores del pueblo desgajados del aparato productivo, condenados por el capitalismo a una barbarie miserable. La izquierda atomizada comparte e imparte la visión estrecha del *peticionismo*: ni su discurso, ni sus acciones, apuntan más allá de la gastada “estrategia” de ganar o forzar la voluntad del gobierno, reclamándole, exigiéndole, medidas de redistribución a favor del pueblo.

Sobre largo plazo, sobre perspectiva histórica, sobre estrategia en serio, nada.. ¿Y si el gobierno no cede? En la nebulosa programática peticionista todo reclamo popular se pierde, se torna abstracto.

Las expresiones incesantes de combatividad popular en calles y plazas se vuelven funcionales a la contención y al desgaste. Se produce una selección al revés de dirigentes. Saltan a la notoriedad, consagradas por la tele, figuras de pacotilla. En ocasiones, los ungidos son dirigentes meritorios, pero da igual. El pueblo alza su vista al Olimpo mediático donde se exhibe un ritual *peticionista*, aparatoso y estéril. En “programas de opinión” consagratorios, el periodista pone al militante enmélange con las figuras de la corte, da y quita la palabra a unos y a otros “equitativamente”, y finalmente, sin interferencias ni réplicas, da la suya propia, final. El discurso del militante, si lo tenía, quedó fragmentado, esterilizado.

No hay emancipación dentro del *peticionismo*. Cortes de ruta o movilizaciones populares de protesta y reclamo (de redistribución), manifestaciones magníficas en sí mismas, terminan asimiladas a la estabilidad del sistema de poder. Los diarios y los noticiosos van poniendo la lucha de clases en su nuevo lugar: en páginas interiores, junto a la crónica policial y al pronóstico sobre tránsito vehicular. Las soluciones se alejan y se desvanecen.

Es verdad que las grandes gestas sociales de los años recientes han dado frutos valiosos e imperecederos. Nuevas expresiones de movilización, de protesta, de resistencia, han enriquecido las tradiciones populares, han aportado métodos de organización, han brindado nuevos símbolos de identidad popular, han dado experiencia y protagonismo a nuevos sectores de trabajadores, han infundido a las masas un nuevo sentido de unidad y fortaleza moral.

A las formas consagradas de accionar de los trabajadores asalariados, tales como paros y huelgas en sus diversas modalidades, se añadieron nuevos métodos de expresión y movilización popular como los piquetes, los cacerolazos, las asambleas barriales, las autoconvocatorias populares, los escraches. Se ha enriquecido la cultura popular con modos y estilos y formas de expresión de masas de trabajadores que esperan todavía de los sectores más avanzados de obreros ocupados una dirección social.

Los trabajadores en lucha por la conservación de sus puestos de trabajo concitaron por momentos la simpatía y el apoyo de la abrumadora mayoría de la población, y llegó a prefigurarse entonces un liderazgo social con proyecciones políticas. Esos atisbos fueron fugaces, pero dejaron iluminado un tramo del camino futuro. Quedó bosquejado un cuadro potente de alianzas políticas posibles dentro del complejo mosaico social que hoy forma la clase trabajadora.

Los nuevos estratos movilizados comprenden profesionales, proletarizados y radicalizados; maestros y empleados públicos precarizados, empobrecidos; operarios arrojados a la calle por maniobras de vaciamiento de empresas, tramadas por patrones tráfugas y desertores, o sólo incompetentes; maestros artesanos y gentes de oficio con destrezas trivializadas por el desarrollo tecnológico; desocupados jóvenes, desocupados maduros; pequeños patronos y agricultores, atrapados en la trampa usuraria; ahorristas estafados; villeros, cartoneros, vecinos desolados de barriadas asoladas.

Todos despertaron del sopor ideológico del “capitalismo del bienestar”. Era tiempo. Y se movilizaron los abuelos. Dignos, combativos, insobornables, invencibles, portadores de grandes tradiciones de militancia proletaria, sabedores de las viejas consignas y las viejas canciones de lucha olvidadas por los jóvenes. Los jubilados y pensionados, víctimas también ellos del macro-despojo infame, dijeron presente, y dijeron más.

El pueblo identifica en conjunto y en detalle a las mafias que secuestraron al Estado, que contrajeron deudas gigantescas y las estatizaron, que compraron políticos y partidos enteros, que pagaron leyes (como la de flexibilidad laboral), que corrompieron las instituciones de derecho público, que usurparon y burlaron y degradaron la soberanía popular.

Pero, debilitada por el peticionismo, la ira del pueblo permanece abstracta. Las grandes movilizaciones no han abierto por sí mismas una opción de poder político. Las tácticas repetidamente reiteradas se desgastan, pierden efectividad; los nuevos aliados se retraen.

La derecha tantea inesperadas oportunidades de restauración. De los tuétanos del poder salieron instituciones equipadas con holgura para auspiciar y financiar una “ayuda social” miserable y denigrante. Su propósito es contener la protesta popular, dominarla, usarla, ensartando multitudes en el espín donático (clientelístico). Tales instituciones comprenden agencias especializadas gubernamentales y “no gubernamentales”, apoyadas por la “cooperación internacional”.

Discursos nacionalistas, populistas, justicialistas, desarrollistas, reformistas, autoritaristas, oportunistas, captan adeptos entre los atolondrados, los pusilánimes y los despistados. La puja por la redistribución marginal de la renta se concreta en una macro-dinámica perversa: cuando los reclamos se vuelven amenazantes, el sistema libera fondos para alimentar las cadenas donáticas, esteriliza recursos en principio detraídos de potenciales programas de inversión productiva y, junto con profusas bendiciones y enternecedoras promesas de buena voluntad, envuelve los reclamos populares consagrados como legítimos en impecables mantos de corrupción y reacción. El sistema alimenta pobres, y pobreza. Cuando los ánimos están por exaltarse, entonces el peticionismo crea un clima de “combate-ficción”, que disipa las justas iras de las masas.

Así, el cuadro de conjunto es ambiguo. Ni se combate ni se deja de combatir; se lucha, mas no se avanza. Los logros se idealizan: no se acumulan, no se superan. Los cambios deseados se alejan; los no deseados arraigan, y conforman la nueva normalidad. No hay un problema del pueblo, uno solo, que no se agrave más, y más.

Pero el narcótico del peticionismo, que embota la conciencia de las masas, no logrará posponer el cambio histórico. Los trabajadores asisten todos los días a una clase magistral de economía política. Aprenden que el capitalismo es anacrónico: incapaz de cumplir su promesa de civilización y progreso universales, es incapaz también, ya, de renovarla.

El presente estado de cosas no puede prolongarse. Pero, ¿qué viene ahora, en el devenir histórico? ¿Estamos en vísperas de una gran época de luchas y transformaciones sociales? ¿La dirección de los trabajadores, ofrece en verdad una perspectiva de progreso? ¿Cuáles serán (siquiera en sus lineamientos generales) el papel, las posibilidades, y, en definitiva, la estrategia revolucionaria, de la clase obrera?

Y, finalmente, ¿es necesario, es posible, fundar científicamente una estrategia socialista en la crítica de la economía política? ¿No era ése el proyecto de Carlos Marx?

*

Cuando decimos “clase trabajadora” nombramos, sepámoslo o no, a la clase trabajadora de la sociedad mundial capitalista, a la clase trabajadora internacional.

Nada puede haber más verdadero ni más serio que ese concepto; pero no nos es fácil (sin un esfuerzo teórico) figurárnoslo de un modo significativo y concreto. Miremos en derredor, observemos el panorama del mundo, aquilatemos nuestra propia experiencia, y veremos destellos de luz en las tinieblas; pero reconoceremos situaciones que contradicen el internacionalismo proletario y ponen en tela de juicio la perspectiva misma de la emancipación socialista.

A la par que crece la desocupación permanente, se intensifica la sobre-explotación de los trabajadores ocupados, y se torna extremadamente variada la estructura de la clase obrera. Ahora bien, precisamente esta estructura diversa y dispersa encierra la clave de la alianza social transformadora. Su efecto inmediato, sin embargo, es opuesto a la realización de ese potencial. La coexistencia de desocupación masiva y crónica con bolsones de hiperexplotación, obnubila la identidad de los oprimidos, compromete su solidaridad, complica su frente común contra los opresores; por lo mismo, hace más necesaria la formación teórica de los trabajadores, más imperiosa la actualización de sus doctrinas con nuevos avances científicos, y consiguientemente la renovación de sus modos de organización. Las nuevas perspectivas reclaman nuevas consignas, nuevas alianzas, nuevas banderas. Sobre todo, nuevas estrategias.

Faltos de esa renovación, los trabajadores sobre-explotados reaccionan figurándose como en una pesadilla que los desocupados, los inmigrantes, los fugitivos del la exclusión que vienen en pos de asilo (“asylum seekers”), amenazan sus puestos de trabajo. Y tórnanse medrosos, timoratos y egoístas.

Sufren de alucinaciones: creen que tienen algo que defender, junto a sus patrones, contra esa masa de desamparados que no se entiende porqué se empeñan en sobrevivir y cómo encima se atreven a querer un lugar en la civilización.

Los trabajadores que ocupan los puestos de trabajo más calificados en las industrias de capital potenciado son, empero, los que tienen al alcance de sus manos, o directamente en sus manos mismas, los medios de producción donde las capacidades productivas de la clase obrera, que son los de la humanidad toda, cobran objetividad material.

Los ejercicios más elementales de contra-planificación los pondrán directamente en camino. De allí su responsabilidad histórica excepcional.

No poseen esa ventaja privilegiada los trabajadores menos calificados, y tampoco la poseen las masas desocupadas u ocupadas en condiciones precarias. Parecerían menos preparados para la teoría y para encontrar el camino de la planificación, como no sea como un recurso de supervivencia (en proyectos a los que es posible pero difícil dar vuelotransicional). A estos trabajadores, sin embargo, precisamente por encontrarse apremiados por la incertidumbre de la supervivencia, puede tocarles la misión de tomar la iniciativa en la cruzada de la clase trabajadora para apropiarse colectivamente de sus propias capacidades productivas (que, ya lo dijimos, son las de la humanidad).

Y, debido simplemente a que el capital tecnológicamente potenciado no está localizado en nuestro país, los trabajadores argentinos debemos poseer de entrada el concepto avanzado de planificación obrera en una estrategia socialista. La planificación de subsistencia ya está en el escenario de todos los días, en nuestro país, en una gama de experiencias que alcanzan su paradigma en las fábricas tomadas por los trabajadores y gestionadas sin patrones. ¿Querrán y podrán estos trabajadores superar la planificación de subsistencia?

La heterogeneidad de la clase trabajadora, su estructura compleja, explica la recurrencia de situaciones ambivalentes en la lucha de clases. Amplios sectores de trabajadores, entre los que predominan los desocupados y los ocupados en condiciones muy precarias, despliegan intensa combatividad durante períodos prolongados, sin alcanzar a tocar el tema del poder, la perspectiva del cambio social.

La efectividad de las luchas obreras depende hoy decisivamente (amén de las circunstancias ya conocidas desde comienzos del siglo XX) de cuál es el sector de la clase que las lidera: de su situación económica y, por ende, de su capacidad real de transformación social. En suma, de su posición en el aparato productivo. La planificación obrera, destinada a inaugurar la era de la transición al socialismo, instalando bases concretas para la superación y la consiguiente supresión del capital, únicamente puede iniciarse y madurar en las condiciones creadas por el mismo capitalismo. Precisamente en este marco concreto de la lucha de clase cobran todo su sentido los conceptos correlativos de control obrero de la producción y planificación obrera.

Por ello, la estrategia obrera de transformación social debe apoyarse en una comprensión cabal de las leyes de desarrollo del capitalismo; en particular, del proceso de diferenciación del capital. El efecto directo más relevante de este proceso es la posición que los colectivos de trabajadores ocupan respectivamente en el proceso de producción. En el sistema mundial capitalista.

*

La Producción es la fuente de sustento de toda sociedad humana, cualquiera sea su grado de desarrollo y consiguientemente su forma histórica. El trabajo humano se realiza según un plan, y planificar forma parte inseparable la producción social. La concepción del plan es un momento del proceso de producción. Por eso, mediante la planificación, o, virtualmente, mediante la contra-planificación, el trabajador da un paso concreto, acaso el primero, en el camino de la emancipación.

Nos aproximamos al ocaso del capitalismo. Este sistema está a punto de concluir su misión de educar a los trabajadores, organizarlos, enseñarles a producir. Ahora lo que resta han de lograrlo por sí mismos. Pero ese legado no fue impartido de un modo uniforme entre los trabajadores, sino que el capitalismo preparó a unos mejor que a otros y puso más próximo a su alcance instrumentos de trabajo más avanzados. Ahora importa la capacidad que el capital ha legado a los trabajadores de producir, y por ende de planificar, y así, de ocupar un lugar de liderazgo económico y social en una perspectiva revolucionaria.

Ese liderazgo es inseparable del liderazgo político. La multiplicidad de partidos socialistas y/o de fracciones formales del partido único o principal, será seguramente la forma de expresión necesaria del carácter heterogéneo de la clase trabajadora. Ahora bien, el sector más avanzado de la clase obrera, para ofrecer una perspectiva política concreta, debe haber dilucidado previamente, en la teoría y en una práctica creativa y exitosa, la cuestión del control obrero y la planificación de la producción. Sin esta condición, la unidad de la clase, la hegemonía del sector más avanzado, el programa socialista, etc., no son sino otras tantas entelequias.

La estructura de la clase trabajadora tiene su correlato necesario en el polo social opuesto, en la estructura de la propia clase capitalista. Entregados sus miembros con maníaca fruición al exterminio recíproco, la clase capitalista expulsa de sus filas a un contingente tras otro de sus propios integrantes, establece entre los supervivientes una relación en la que unos controlan los negocios que hacen otros, constituye ella misma una estructura heterogénea.

La clase capitalista propiamente dicha es una porción minúscula de la población mundial, mientras que virtualmente la humanidad en su conjunto se ha proletariado. En la era del capital tecnológico, la clase capitalista de otrora, vale decir la burguesía, fue rudamente reemplazada por una nueva clase capitalista, en la que sus miembros dispersos deberán encontrar un papel subordinado, o sucumbir, o, finalmente (junto con la vieja clase media), alistarse en la economía de transición.

A los trabajadores nos interesa conocer la conformación presente de la clase capitalista, establecer la tipología y las estructuras relacionales de las empresas de capital, para distinguir cuáles son y cuáles no las empresas clave para iniciar el control obrero de la producción, cuáles son las empresas de mayor potencial transicional.

En la estructura económica del presente, la empresa de capital es la unidad de gestión económica o, en otras palabras, la unidad potencial de planificación. En ella el capitalista desempeña su función patronal, imponiendo su autoridad de comando directo sobre los trabajadores asalariados, y ejerciendo su poder de disposición sobre las condiciones materiales del trabajo.

Esta sociedad, basada en una producción de carácter anárquico que en conjunto carece de plan, ha desarrollado, empero, procedimientos y métodos de planificación sin parangón posible en el pasado en cuanto a escala, complejidad, y perfección. Para el asalariado individual el plan al que debe conformarse su trabajo se le presenta bajo la forma de órdenes, instrucciones y normas. A la vez, la manera de llevar a cabo las instrucciones que recibe vienen establecidas por las técnicas de trabajo incorporadas en el diseño de las máquinas en las que trabaja. Las máquinas, en el "lay out" y la arquitectura de la planta industrial donde trabaja, son los órganos de un cuerpo material monstruoso en movimiento perpetuo, que se nutre del trabajo cotidiano del obrero.

En las entrañas de ese monstruo transcurrirá su jornada laboral. Allí se familiarizará con la disposición y las funciones de las máquinas y las herramientas que habrá de operar, con las características de las materias primas o piezas semielaboradas a procesar, con los procedimientos que informarán todas las alternativas previsibles de su trabajo, con las instrucciones que irá recibiendo a lo largo de la jornada, con las normas de disciplina a las que deberá someterse, dictadas por la patronal. Allí construirá lazos de solidaridad y afecto con sus compañeros, y tendrá oportunidad de saber, entre ellos, quién es quién.

El capitalismo ya hizo lo suyo. Lo que les falta a los trabajadores para completar la educación que los capacite para apropiarse libremente de sus propias capacidades productivas sólo puede ser obra, de aquí en más, de los mismos trabajadores.

Así, en el sistema de producción capitalista, que se caracteriza por la ausencia de un plan de conjunto, cada empresario planifica rigurosamente su parcela, dispone de (y sobre) el obrero colectivo incorporado a la materia pasiva de la planificación. La vocación y la emancipación de los trabajadores, instrumentos hasta aquí de la producción capitalista, comienza con asociarse libremente entre ellos y convertirse de objeto en el sujeto activo de la planificación. De mil maneras, la clase trabajadora viene iniciándose sin saberlo en el ejercicio de la planificación obrera, principalmente bajo la forma de la contra-planificación.

*

En efecto. Cuando los trabajadores resisten sordamente la imposición de condiciones abusivas, cuando para resistirse desbaratan los ritmos y las articulaciones del trabajo, cuando programan paros en la producción, cuando interfieren las decisiones patronales en todos los órdenes de la gestión de la empresa, reclamando un curso de acción diferente; cuando toman iniciativas sobre las condiciones de trabajo, y sobre el trabajo mismo, cuando auditan o fiscalizan las políticas comerciales y los manejos financieros de la empresa, cuando ejercen vigilancia sobre las maniobras de estafa y vaciamiento que pueden dejarlos sin trabajo, cuando asumen el punto de vista del interés social como custodios de la calidad de los servicios al público, y de otros productos, y en resguardo del ambiente natural y el interés general; cuando exigen educación y determinan su contenido; cuando se interesan viva y activamente en los planes de reposición de equipos y en la gestión de la tecnología; cuando, en fin, asumen como de su incumbencia la totalidad del manejo de la empresa, etc., están haciendo ejercicios de contra-planificación y preparándose, de este modo, para disputar a la patronal la conducción de la empresa, por ahora sin ejercerla, limitándose a la fiscalización, la auditoría, el seguimiento “fantasma” de sus aspectos críticos (especialmente los atinentes a la gestión tecnológica), llevando al conocimiento de todos los compañeros y sometiendo a su opinión, las opciones de decisión donde pueden estar en juego los intereses inmediatos y mediatos de los trabajadores (económicos, laborales, sociales, intelectuales, y políticos).

Entonces los trabajadores se autoeducan para la producción libre. He aquí un lema adecuado: “todo lo concerniente a la empresa en la que trabajamos nos incumbe, porque terminaremos por hacernos cargo de todo”. Y otro lema: “la obligación permanente de todo militante obrero es interesarse, e interesar a sus compañeros, en el conocimiento cabal de todo lo atinente al manejo de la empresa”. Y otro más: “no hace falta que nos abran los libros: los llevamos nosotros, y hacemos las cuentas verdaderas”. Finalmente: “Tomar la iniciativa y, si es posible, retenerla”.

Resistir al capital es conducente para los trabajadores a condición de prepararse para reemplazarlo. La resistencia a las imposiciones denigrantes, a los abusos, a los excesos de la explotación, e incluso a la explotación misma, es un proceso varias veces secular que nació en su forma moderna con el mismo capital industrial (hace dos siglos) y tiende a concretarse con la diferenciación tecnológica del capital industrial.

Sin saber que sus gestas de resistencia los preparaba para la planificación colectiva, los trabajadores del capital venían entablando largas y denodadas batallas que finalmente están próximas a revelar su verdadero significado.

No se tratará de abandonar las viejas reivindicaciones defensivas, sino de elevarlas por encima del peticionismo, a una perspectiva mayor, histórica.. Las consignas tradicionales, de resistencia económica, de reforma, de reivindicación democrática, fueron y son parte de una preparación necesaria de los trabajadores para el ejercicio pleno del poder.

Para completarla es menester que los trabajadores tomen en cuenta el cuadro social resultante de la diferenciación del capital, en el mundo y en el país. En el espacio que nos queda procuraremos aportar algunos aspectos de este proceso en los marcos internacional y local.

*

La noción más simple que hay que retener sobre la diferenciación del capital es que en el sistema capitalista está formado por subsistemas de producción en los cuales ciertas empresas capitalistas dominan a su favor las condiciones de acumulación de otras empresas capitalistas. Las empresas *dominantes* en un subsistema conjugan la planificación directa, propia de toda empresa de capital, con la planificación indirecta de subsistemas de empresas subordinadas.

Crean así un ámbito de planificación económica que sobrepasa los límites inmediatos de la empresa. La planificación de subsistemas (junto con el progreso técnico en general) es una pieza importante del legado que el capitalismo brinda a los trabajadores para que éstos inicien la época de la transición al socialismo. Para apropiarse de ella es necesario que se inicien en la contra-planificación de la empresa y la extiendan a los subsistemas de capital.

El paso decisivo de los trabajadores en una economía de transición será luego la socialización principalmente de las empresas configuradoras de subsistemas, mientras que en los subsistemas mismos habrá cabida durante toda una época histórica para empresas de capital de carácter reducido, a la manera de contratistas, concesionarios, etc. Es suficiente también para comprender que en cada empresa particular los trabajadores deben tomar pleno conocimiento del papel de su empresa en los subsistemas de capital, y unir su acción y su plan directamente con la de los trabajadores de empresas vinculadas. Su capacidad de desarrollar subsistemas existentes y de configurar otros nuevos es la base económica de la hegemonía social y política y por tanto de la dirección que pueden proporcionar a la clase trabajadora los obreros más avanzados.

*

Vamos a referirnos ahora de un modo muy breve y preliminar a ciertas particularidades que presenta la perspectiva de la planificación obrera en nuestro país. Nuestra tesis se puede anticipar en unos pocos de breves enunciados.

Primero, que en la hora actual, los trabajadores pueden y deben planificar. Segundo, que para hacerlo los trabajadores de cada fábrica tienen que tener en claro el lugar de ésta en subsistemas actuales o potenciales. Tercero, que dadas las particularidades del capitalismo en Argentina, los trabajadores argentinos de empresas de capital industrial deben completar tareas incumplidas por el desarrollo capitalista, y, para ello, concebir nuevos subsistemas de capital. Todo ello como parte de la creación de una economía transicional.

Esta exigencia se debe a las mismas circunstancias que determinaron la asombrosa bancarrota de la economía industrial de este país. A cada etapa histórica del desarrollo capitalista en el mundo corresponde un tipo de subsistema específico. En la economía mundial, desde mediados del siglo XX la diferenciación tecnológica del capital industrial reconfigura radicalmente los subsistemas económicos en todo el mundo. En los nuevos subsistemas, el capital tecnológicamente potenciado se centraliza en Estados Unidos, Europa y Japón, y desarrolla potentes bases de capital simplemente reproductivo en el resto del mundo (sudeste asiático, India, China). Un carácter distintivo de los países receptores de inversión meramente reproductiva es la

inexistencia (sudeste asiático) de capacidad de innovación previa. Brevemente, Argentina dismanteló su capacidad industrial (conformada en subsistemas no tecnológicamente diferenciados), pero no atrajo inversiones del nuevo tipo. La clase capitalista en Argentina prefirió otro tipo de “negocios”.

La burguesía industrial argentina de otrora, incapaz de encontrar un lugar en la nueva configuración de subsistemas (a pesar de que el país poseía a la sazón recursos científicos y tecnológicos suficientes para intentarlo), se entregó en cambio un proceso de degradación especulativa y parasitaria profundo, comprometiendo todos los resortes del Estado en una puja rentística que rápidamente degeneró en saqueo de la riqueza social y el patrimonio público. Pronto los jugadores locales quedaron desplazados entraron a disputarse las presas más jugosas los carroñeros mayores de la banca internacional, que instalaron gobiernos adictos y urdieron la macroestafa de la deuda pública.

La burguesía industrial local sufrió una larga agonía, intentando prolongar las condiciones de acumulación de empresas de capital carentes de diferenciación tecnológica. La clase capitalista quedó representada por una fauna de parásitos advenedizos, inescrupulosos y corruptos, sin voluntad ni capacidad para organizar la producción y formar a los trabajadores preparándolos para su misión histórica.

En el marco de la lucha de clases, quedaron dos espacios vacantes, los principales: uno en la clase capitalista, y otro, correlativo al anterior, en la clase obrera, en la que se produce el cambio estructural que venimos describiendo. Por un lado, la clase trabajadora aumentó hasta abarcar la abrumadora mayoría de la población. La vieja “clase media” (profesionales, pequeños patronos urbanos y rurales, empleados jerárquicos, técnicos, maestros artesanos) se vio arrastrada irremisiblemente al “abismo proletario”. Incluso esa multitud abigarrada que pasa por burguesa y se cree capitalista ha dejado de serlo realmente, aún cuando no formalmente; objetivamente, aunque no subjetivamente.

La opinión general de la época ve las cosas al revés: esclava a la par de las apariencias y de doctrinas económicas vulgares; carente de una visión histórica de conjunto y de una perspectiva revolucionaria fundada en la ciencia social actualizada, cree que la clase obrera se ha extinguido, o poco menos. Y es verdad que han quedado diezmadas las filas del proletariado industrial asalariado que caracterizó a la clase trabajadora en la época del capitalismo industrial no diferenciado.

*

He aquí la gran pregunta de la época: ¿el capitalismo creará, o ha creado ya, las condiciones necesarias para que la clase trabajadora supere al mismo capitalismo, lo liquide, y construya una nueva civilización? La pregunta inquiera sobre el marco internacional, y sobre el ámbito local.

Sobre el primero preguntamos si las leyes de transformación inmanentes al desarrollo capitalista han preparado las condiciones para el relevo histórico, y nuestra respuesta es que sí: que las configuraciones subsistemáticas presididas por capital tecnológicamente potenciado constituyen ámbitos virtuales de planificación obrera, propicios por tanto para que los trabajadores comiencen su misión histórica de apropiarse de sus propias fuerzas productivas y, haciéndose cargo de esos ámbitos de planificación, instauren la época (todavía capitalista) de transición al socialismo.

Sobre el marco local hay que tomar nota del baldío social dejado por los especímenes vernáculos de la clase capitalista: la nueva configuración de subsistemas de capital tecnológicamente diferenciado ha dejado virtualmente excluido el territorio argentino para la inversión productiva. No alcanza para desmentir este aserto la localización oportunística de algunas instalaciones de capital comercial y de

capital industrial reducido (limitado a la esfera de la reproducción por departamento, sin articulación local), dependientes de transnacionales de mayor envergadura (filiales, concesionarias, licenciatarías, franquiciadas), concebidas como negocios de ocasión. La burguesía argentina en extinción cuelga de algunas ramas locales de subsistemas de capital transnacionales, medrando ahora en el papel de socios menores o meros abrepuestas, lobbymen, simples gestores.

¿Qué se hizo de los pesados de entonces, los dueños del Estado, los infatuados “capitanes de la industria”? Sencillamente, desertaron, abandonaron su pretendida misión de crear industrias, y futuro, y, sobre las desoladas ruinas de un aparato industrial improvisado y desarticulado, su legado para la economía de transición, dejaron una deuda descomunal para que la paguen otros. Muchos grandes nombres de la burguesía de este país ya no figuran en las nóminas de directorio de grandes empresas sino en la lista de prófugos de la justicia. Es necesario que colectivos obreros tomen el timón de la reconfiguración y el planeamiento de nuevos subsistemas industriales.

Tampoco es brillante el aporte que pueden hacer a la economía de transición las mal llamadas “pymes”. Esta confusa categoría denota por lo general empresas precarias con equipos amortizados y obsoletos, incapaces de formar trabajadores de alto vuelo, o, si los forma, de retenerlos; muchas de ellas son boliches miserables, que no van ni a la esquina sin recurrir a sus principales especialidades: empleo en negro, evasión impositiva, venta de productos “truchos”, acrobacia contable en el filo de la cornisa entre legalidad y delincuencia.

No faltan excepciones que confirman la regla. Los pocos empresarios dignos de tal nombre que sobrevivieron a duras penas al proceso de degradación (selección al revés), y pueden efectivamente aportar a la transición, sólo encontrarán un futuro digno en una economía de transición dirigida por los trabajadores. En ella podrán prosperar. Fuera de ella están condenados. Es, si se quiere, una de las paradojas de la transición.

Con la degradación y la deserción del destacamento local de la clase capitalista industrial, correlativamente, se opacó en la clase trabajadora la hegemonía natural de los sectores del proletariado formados y colocados por el capitalismo en las industrias clave; en posición privilegiada, por ende, para conducir la formación de una economía de transición, para dar una conducción social de alto vuelo a toda la clase trabajadora. De allí que en este lugar del mundo la misión de la planificación obrera es llenar ese vacío, y construir una nueva hegemonía teórica, económica, social, política. La exigencia de planificación es más rigurosa aquí, en este territorio abandonado por los inversores industriales, que allí donde la diferenciación del capital dejó subsistemas de producción articulados: capacidad científica, tecnológica e innovativa y grandes inversiones en capital reproductivo. Aquí como allá, empero, la contra-planificación es el primer paso.

¿Hace falta decir que la contra-planificación (en transición progresiva a la planificación obrera) no excluye otras formas de solidaridad activa de los trabajadores ocupados (o auto-ocupados) con otros sectores de la clase trabajadora y el pueblo, sino que los trabajadores libremente asociados en producción pueden asociar a otros trabajadores en el desarrollo de empresas de primer nivel y en la configuración de nuevos procesos productivos? ¿Es necesario puntualizar que no reemplaza las acciones de solidaridad, las luchas por el poder político?